



LITOGRAFIA DE M. LEMERCIER.

Este grabado representa el interior del mas aventajado establecimiento litográfico de Francia, del cual salen los grabados mas puros que se conocen en Europa. Hablamos del gran obrador de M. Lemercier.

Ocupa á ciento cuarenta operarios, cuyo jornal diario asciende respecto á los impresores desde cinco á quince francos, y en cuanto á los demas, de tres á cuatro. Se encuentran en movimiento incesante noventa prensas de brazo, en las cuales se tiran anualmente mas de dos millones de láminas, tanto para cuadros como para libros y espor-taciones.

Debemos añadir que M. Lemercier es uno de los litógrafos que han introducido en su arte innovaciones y progresos sumamente notables, y que fué el primero que imaginó dar el ácido y la goma á las piedras por medio de una sola operacion, sirviéndose de una mezcla de ambos ingredientes y aplicándola con un pincel muy ancho. Esta oportuna modificacion hace ganar un tiempo precioso, pues se obtienen sin perder minuto pruebas de una lámina ó escrito, que antes no hubieran podido tirarse hasta el siguiente dia.

Conocido es el resto de la operacion litográfica. Se obtiene la impresion pasando por la piedra humedecida un rodillo cargado de tinta becha con aceite, que ha hervido hasta cierto punto, y con negro de humo.

Las partes húmedas rechazan esta tinta, que tiñe por el contrario todos los contornos, sombras, letras, etc; que ha señalado el lápiz.

Despues se coloca sobre la piedra un pliego de papel seco ó húmedo, segun la naturaleza del dibujo; un tímpano de cuero grueso y preparado para una presion fuerte cubre el papel, y la presion trasladada á este la tinta depositada en la piedra por el rodillo, reproduciendo en sentido inverso el dibujo ejecutado por el artista. Pudiera continuarse indefinidamente esta operacion, si no alterasen muchas causas el dibujo, *empastelando*, es decir; ensanchando los puntos marcados, ó lo que es igual, echando á perder el dibujo.

A fin de evitar este accidente, ó al menos para retardarlo todo lo posible, se emplea una solucion de goma, que penetrando en los poros de la piedra, multiplicados por el ácido, impide á la tinta estenderse, y limita su accion á los granos de la piedra que debe cubrir.

Sabido es que el principio fundamental de la litografia con lápiz consiste en la grasa que cubre el vértice de cierto número de pirámi-

des casi microscópicas que contiene la piedra; grasa que disminuye mas ó menos á lo largo del declive de cada pirámide, segun el mayor ó menor recargo que el artista ha querido dar á ciertas partes de su dibujo.

El empleo del lápiz exige un cuidado y delicadeza especiales, hasta tal punto que debe afilarse diez ó doce veces por minuto, circunstancia que unida á otras, ha exasperado á no pocos artistas. Se trató de suplir este agente de la litografia con otros medios, y Engelmann empleó un procedimiento semejante al que se usa para la aguada; pero no satisfizo completamente, y fué preciso esperar las modificaciones que la ciencia teórica y una práctica inteligente pudiesen introducir en esta especie de sombreado con la tinta de china.

M. Lemercier inventó una tinta que se extendia sobre la piedra, la cual se modificaba despues por medio de una franela, de un pedazo de muselina y de un raspador, terminándose la operacion con el pincel. Usando este procedimiento, ejecutaron Deveria y Gengembre algunas de sus mejores obras.

Pero la ciencia no se dió todavia por satisfecha. La aguada, lo mismo que el esfumino, agentes poderosos, que en cada tentativa nueva creian hallar los artistas, permanecian ocultos, y aun algunos de los mas distinguidos litógrafos habian declarado que era imposible su aplicacion á la litografia. ¿Y qué se necesitaba en último resultado? Una tinta que fuese susceptible de desleirse como la de china, de estenderse fácilmente sobre la piedra, y al mismo tiempo de modificarse. Tambien era menester un lápiz litográfico que pudiese aplastarse, estenderse y modificarse con el esfumino, como el lápiz ordinario.

M. Lemercier realizará lo que se ha creído imposible. Hé aquí como:

El lápiz propio para el esfumino y la tinta para aguadas estan intimamente mezclados, pero no combinados, con una sustancia en extremo divisible y fácilmente atacable por el ácido empleado para la preparacion de la piedra, pudiendo tambien eliminarse por medio del lavado. El lápiz aplastado sobre la piedra se adhiere á ella por un frote muy fuerte, que emplasta completamente todas las lineas que rodean á los granos, y luego con auxilio de brochas mas ó menos ordinarias se levanta el mismo lápiz, de modo que se descubre la punta del grano, penetrando á lo largo de los declives en profundidades mayores ó menores.

Este procedimiento es precisamente opuesto al que antes se se-

guía. Cuando se prepara la piedra para la tirada, el ácido destruye la sustancia interpuesta entre las moléculas del cuerpo grasiento, y señala las porciones de la piedra, que deben rechazar la tinta de imprenta. Los estampados obtenidos de este modo son de una regularidad perfecta, porque el frote del artista destruye al mismo tiempo cantidades proporcionadas del cuerpo craso y de la sustancia mencionada.

Mr. Lemercier ha dado pues por resuelto el problema, y numerosas obras maestras atestiguan que la litografía ha entrado por fin en el verdadero dominio del arte, confiando á los artistas unos procedimientos que les permiten trabajar con entera libertad, y suprimen toda la fatiga y todos los inconvenientes de la profesión.

Hé aquí lo que tan ansiosamente se esperaba desde la aparición de la litografía, y al mismo tiempo la grande obra de M. Lemercier, que seguramente equivale á una verdadera invención.

No creemos necesario consignar aquí los progresos en detalle, que él mismo ha introducido en el arte; en todas las exposiciones, que le han visto figurar, se han observado sus nuevos adelantos, mereciendo muchas medallas, y habiendo obtenido en 1849 la cruz de la Legión de Honor.

En la exposición universal de Londres ha presentado también una serie de obras, que han admirado sinceramente muchos buenos artistas y sabios de diversas naciones. Las principales son: un ángel, por Desmoisons, perfectísimamente estampado; las Willis, por Fanoli; la familia real de Inglaterra, por Leon Noel; la duquesa de Kent, por el mismo; un gran estudio, de Julien; la gallina-ciega, reminiscencia de la niñez; los dos perros, por Lasalle; una vista del mar; el Buen Pastor, y el retrato del presidente de la república francesa.

¿Cervantes fué ó no poeta?

Yo que siempre me afano y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia que no quiso darme el cielo....

Esto decía de sí el ilustre *manco* de Lepanto en el capítulo primero de su *Viaje del Parnaso*.

Tal opinión fué engendrada en su ánimo por los escritores de su tiempo, los cuales miraron con mucho desden las obras poéticas debidas á su ingenio y á su pluma. Pero la posteridad, veneradora siempre del mérito, no pudo menos de echar por tierra lo injusto de este parecer, reconociendo que quien supo inventar y escribir un *Quijote*, por fuerza había de estar asistido y ayudado de las Musas.

Pero aquellos que creen que sin versificación no existe la poesía, responderán á nuestras palabras con decir: «Si Cervantes fué poeta, ¿cómo sus obras en prosa han alcanzado fama eterna, en tanto que de sus comedias nadie hace memoria sino para calificarlas de muy malas?»

Otros por el contrario replicarán: «Cervantes, como lo prueban sus novelas, no solo era buen poeta, sino escelentísimo. Las faltas que tienen sus comedias nacen de no saber su autor el arte de bien versificar.»

Nosotros desde luego confesamos que Cervantes fué gran poeta; pero jamás podremos convenir en que ignoraba el modo de hacer buenos versos.

No solo buenos, sino sumamente elegantes hay en casi todas sus comedias, y de ellos podemos presentar á los ojos de los incrédulos, ó de los que sustenten la opinión contraria, multitud de ejemplos, bastantes á probar lo cierto de nuestras palabras.

Sirvan de primera muestra los versos siguientes, tomados de la comedia *La Entremetida*, y dirigidos á una fregona amiga de cazar volutades y de retenerlas.

Eres muy solicitada
y muy vista: y no está el loque
en que la flor no se toque,
si á serlo está aparejada.
Las flores del campo están
sujetas á cualquier mano:
á las del bajo villano,
y á las del alto galán:
al arado y al pie duro
del labrador que lo guía;
pero la flor, que se cria
tras el levantado muro
del recato, no la ofende
el cierzo murmurador,
ni la marchita el ardor
del que tocarla pretende.

Estos versos en sencillez, en dulzura y elegancia compiten sin duda con los que el gran Lope de Vega usaba en el diálogo de sus comedias.

En la misma *Entremetida* hay otros iguales en mérito á los ya citados. Están puestos en boca de un naufrago, y dirigidos á una dama hermosísima:

No fué huracán el que pudo
desbaratar nuestra flota,
ni torció nuestra derrota
el mar insolente y crudo.
No fué del tope á la quilla
mi pobre navío abierto;
pues he llegado á tal puerto
y pongo el pie en tal orilla.
No mis riquezas sorbieron
las aguas que las tragaron;
pues mas rico me dejaron
con el bien que en vos me dieron.
Hoy se aumenta mi riqueza;
pues con nueva vida y ser
peregrino llevo á ver
la imagen de tu belleza.

Y no solo en las comedias de Cervantes se hallan trozos tan elegantemente versificados, modelos de galantería, sino también otros dignos de memoria por su dulzura en la expresión de amorosos afectos. Sirvan de ejemplo los siguientes, que se encuentran en la comedia intitulada *La casa de los celos*.

¿Has visto, pastor, acaso
por entre aquesta espesura
un milagro de hermosura
por el cual mil muertes paso?
¿Has visto unos ojos bellos
que dos estrellas semejan,
y unos cabellos que dejan
por ser oro, ser cabellos?
¿Has visto, á dicha, una frente
como espaciosa ribera,
y una hilera y otra hilera
de ricas perlas de Oriente?
¿Dime si has visto una boca
que respira olor sabeo,
y unos labios por quien creo
que el fino coral se apoca?
¿Dí si has visto una garganta
que es columna deste cielo,
y un blanco pecho de yelo
dó su fuego amor quebranta?

Bien quisiera que cuantos siguiendo una vulgar opinión, destituida de verdadero fundamento, han afirmado y afirman que Miguel de Cervantes Saavedra no sabía hacer versos elegantes, presentasen, á vista de los ya copiados, los grandes defectos que en ellos se encierran. Además, que diesen las pruebas suficientes para convencernos de que estos no pueden ponerse como buenos al lado de los mejores de otros ingenios, famosos por sus escelentes obras poéticas, así líricas como dramáticas.

Pero si ejemplos tales no bastan para que la luz de la verdad penetre en los entendimientos de aquellas personas que son de opuesto parecer, aun hay otros, dignos también de memoria, en las comedias de Cervantes, y por tanto muy á propósito para el caso presente. Véase cómo en *La casa de los celos* responde el Amor á su madre Venus:

Has de saber, madre mía,
que en la corte, donde he estado,
no hay Amor sin grangería;
y el interés ha usurpado
mi reino y mi monarquía.
Yo, viendo que mi poder
poco me podría valer,
usé de astucia, y vestime,
y con él entremetime;
y todo fué menester.
Quité á mis alas el pelo,
y en su lugar me dispuse
á volar con terciopelo;
y al instante que lo puse
sentí aligerar mi vuelo.
Del careax hice bolsón,
y del dorado harpon,
de cada flecha un escudo;
y con esto y no ir desnudo
alcancé mi pretension.
Hallé entradas en los pechos
que á la vista parecían

de acero ó de mármol hechos;
pero luego se rendían
al golpe de mis provechos.

No valen en nuestros días
las antiguas bizarrías
de los Heros y Leandros;
y valen dos Alejandro
mas que doscientos Macías.

Cervantes en todas sus comedias nos ofrece modelos de excelente versificación, así en lo bien construido de los metros, como en lo correcto del lenguaje y en lo poético del estio.

Y si tan buenos trozos se leen en sus obras cómicas, no inferiores pueden trasladarse aquí como muestras del talento poético de Cervantes en el género trágico. En *La Numancia* hay muchos, y sobre todo algunos ya famosos, á causa de estar encarecido su mérito por varios críticos españoles de gran fama. Véanse las quejas de las matronas numantinas contra la opresión que padecía su ciudad por las legiones de la soberbia Roma, terror del mundo:

¿Qué pensáis, varones claros?

¿Resolvéis aun todavía
en la triste fantasía
de dejarnos y ausentarnos?

¿Queréis dejar por ventura
á la romana arrogancia
las vírgenes de Numancia
por colmo de desventura?

Y á los libres hijos nuestros
¿queréis esclavos dejarlos?
¿No será mejor ahogarlos
con los propios brazos vuestros?

¿Queréis hartar el deseo
de la romana codicia,
y que triunfe su injusticia
de nuestro justo trofeo?

¿Serán por ajenas manos
nuestras casas derribadas?

¿Y las bodas esperadas
hánlas de gozar romanos?

En salir haredis error
que acarrea otros mil yerros;
pues dejareis sin los perros
el ganado y sin señor.

Si al foso queréis salir,
llevadnos por vuestra vida;
porque tendremos por vida
á vuestro lado morir.

Hijos de estas tristes madres,
¿qué es esto? ¿cómo no habláis,
y con lágrimas rogáis
que no os dejen vuestros padres?

¿No basta que el hambre insana
os acabe con dolor,
sin esperar el rigor
de la aspereza romana?

Decidles que os engendraron
libres, y libres nacisteis,
y que vuestras madres tristes
libres también os criaron.

Decidles que pues la suerte
nuestra va tan de caída,
que como os dieron la vida,
asimismo os den la muerte.

¡Oh muros de esta ciudad!
si podéis hablar, decid
y mil veces repetid:
¡Numantinos, libertad!

Estos son pasajes verdaderamente trágicos, y dudo que del teatro de nación alguna se puedan sacar otros del mismo género que los aventajan en hermosura poética.

Por todo lo citado se infiere que Cervantes era un gran versificador y un gran poeta. Tanto número de versos excelentes no están dictados por el acaso. Cuando no hay aptitud para cierto linaje de escritos, por mas que trabaje el entendimiento, nada bueno, ni aun razonable, podrá conseguir. Pero á esto se dirá: ¿cómo Cervantes compuso comedias tan desmayadas en la invención, y llenas de pasajes tan malamente versificados?

La respuesta es por extremo fácil. Las primeras obras dramáticas de Cervantes se compusieron cuando el teatro español estaba en la infancia; cuando no hacía mas que seguir las huellas de los griegos

y latinos, cuando no había aparecido el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, para romper las cadenas que aprisionaban á la poesía, y para dar nuevo ser y vida á las comedias.

Las que se representaban antes de Lope en los teatros españoles eran tan sencillas y de tan poco artificio como las griegas y latinas. A similitud de estas, compuso varias Cervantes. Parecieron bien entonces; mas luego que Lope desterró del teatro la sencillez antigua, ya todas las que se habían escrito de este modo, parecían diseños ó sombras de las suyas. Un excelente crítico español del siglo XVII, ponderando el mérito de Lope, por el importante servicio literario que había prestado al mundo, disculpaba á aquel gran poeta contra los que dentro y fuera de España lo censuraban; y para ello decía: «¿No echan de ver que si los mismos á quienes tan atados imitan hubieran sido cobardes, y hubieran guardado las huellas de los primeros, quedarán cortos como ellos? Crece el arte con el tiempo. El lo alienta, él lo cria, él sobre sus hombros lo pone en la cumbre de la perfección.»

Convencido Cervantes, cuando ya era viejo, de que sus primeras obras dramáticas por su sencillez griega y latina, con otras de este género, habían sido desterradas del teatro, intentó seguir las corrientes del gusto de su siglo, é imitar las comedias del gran Lope. Pero su vejez, aunque no lo había privado de la invención, le quitó á lo menos el gusto delicado que se necesita para la composición de tales obras. Por otra parte, su ingenio acostumbrado á escribirlas con menos artificio y en otra forma, no pudo acomodarse fácilmente á entregar á las aguas del olvido lo que aprendió en los floridos días de su juventud. Un escritor podrá variar de gusto literario en el discurso de su vida; pero jamás del estilo que supo formarse cuando comenzó á dar sus obras á la imprenta.

Por lo demás, es indudable que en las comedias y otros trabajos poéticos de Cervantes hay multitud de versos malamente contruidos, y de todo punto desapacibles. Pero entre ellos se encuentran largos pasajes, llenos de otros de buena construcción, mejor estilo y sumamente gratos al oído de los lectores.

Esto no consiste mas que en la suma facilidad de Cervantes en componer, y de su mucha pereza para castigar los defectos de sus escritos.

Quede, pues, sentado que Miguel de Cervantes Saavedra, aunque incorrecto casi siempre, ni fué mal poeta, ni peor versista, como aseguran algunos; pues para destruir tan falsa opinión, sobradas pruebas existen en sus obras dramáticas y líricas.

ADOLFO DE CASTRO.

SANTA MARIA DE NARANCO Y SAN MIGUEL DE LINO.

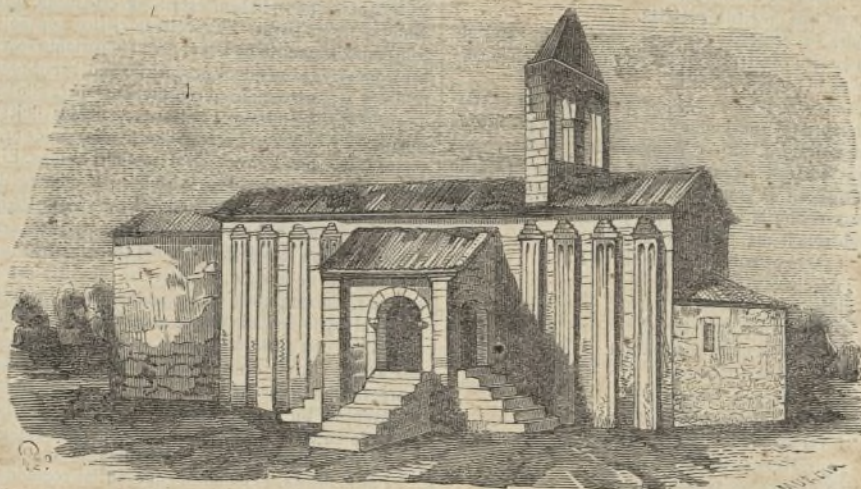
No lejos de la antigua ciudad de Oviedo, y en el monte llamado en otro tiempo *Nauraucio* (1), hoy *Naranco*, se alzan en pintoresca situación las dos iglesias cuyos títulos acabamos de escribir, que son sin duda de los mas bellos y mejor conservados tipos de aquella estraña arquitectura que en este país se usó en los siglos medios, y á la que dió con razón el ilustre Jovellanos el nombre de arquitectura *Asturiana*. De una y otra somos deudores al valeroso rey Ramiro I que las erigió como eterno testimonio de su gratitud al cielo por las victorias que alcanzara sobre sus enemigos cristianos, sarracenos y normandos, dedicando para su fábrica una gran parte de los despojos cogidos en el campo de batalla. La piadosa reina *Doña Urraca-Paterna* coadyuvando los intentos de su esposo, se desprendió de muchas de sus joyas para proveer á los nuevos templos de los necesarios ornamentos y vasos sagrados. También Ramiro, prendado de lo vistoso y ameno de aquel lugar cubierto de fuentes y de bosques, hizo construir un suntuoso palacio circundado de jardines, al que solía retirarse para reposar de las fatigas de la guerra. La primera noticia de ambas iglesias la encontramos en dos respetables cronistas casi contemporáneos á su fundación, el monje de Albelda, y Sebastian obispo de Salamanca. El primero dice: «En el lugar que llaman *Ligno* construyó (se refiere á D. Ramiro) iglesias y palacios (2):» y el segundo: «hizo el rey la iglesia de Santa Maria, de tan maravillosa hechura, que no tiene semejante en toda España, y muy cerca unos palacios y hermosos baños.»—De estos palacios solo restaban ya débiles vestigios en el siglo XVI que inspiraron al cronista Ambrosio de Morales la consideración cristiana de que D. Ramiro como piadoso, y atendiendo á lo breve de la vida del hombre, fabricó su vivienda de poca duración y la casa de Dios todo lo fuerte posible.—Ordoño I, hijo y

(1) Este nombre, según Trelles en su *Asturias ilustrada*, se deriva de un antiguo rey de este país llamado *Noranco*, que es uno de los héroes fabulosos que se hacen florecer allí en los tiempos anteriores á la historia.

(2) «In locum Ligno dicto Ecclesiam, et palatia arte formicea mire construxit. (Cron. de Albelda.)

sucesor de Ramiro, donó á la catedral de Oviedo el año 854 la villa de Lino, y las iglesias de San Miguel y Santa Maria de Naranco (1), y Alfonso III llamado el Magno, no solo confirmó en 903 al obispo Gomelo y á su iglesia la donacion referida, sino que añadió los palacios y baños que su abuelo edificara. En el mismo reinado de Alfonso

el Magno se celebró un concilio en Oviedo en el que el obispo de esta ciudad llamado *Hermenegildo*, fué elevado á la dignidad de metropolitano, y se señalaron á los muchos obispos que á la sazón estaban refugiados en Asturias, parroquias rurales para que pudiesen sustentarse. Las iglesias de San Miguel de Lino y Santa Maria de Naranco



(Santa Maria de Naranco.)



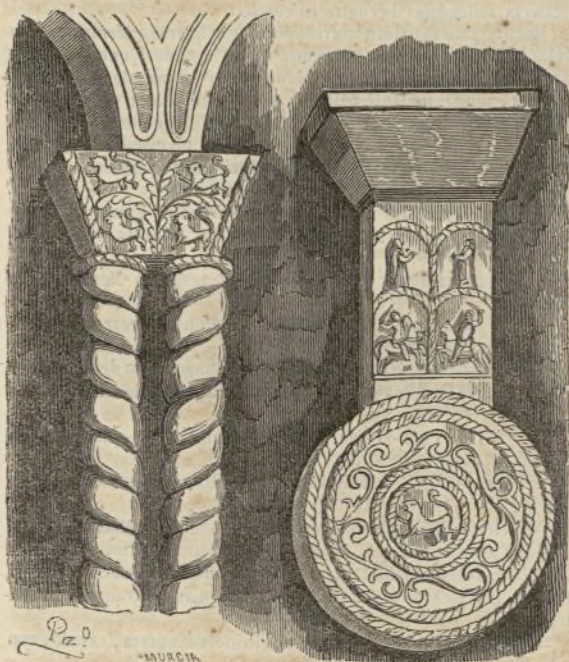
(Interior de la Iglesia de Santa Maria de Naranco.)

rueen entonces adjudicadas á los de Tarazona y Huesca. Desde aquella época no volvemos á leer en la historia el nombre de Naranco,

(1) Ego Ordonius Dei gratia Rex Hispanie catholice, Ramiri, Regis filius L... In Oveto autem concedo medietatem portatici, et medietatem calomniarum mercati... In latere montis Nauranci villam, que dicitur Lino, et aliam que dicitur Surgo, et aliam villam in Castro, et Ecclesiam etiam e. Sancti Michaelis, et Sancte Mariæ subtus Naurantium LL. (Risco, España Sagrada, Tom. 57, Apéndice X.)

hasta 1236 en que D. Pedro Obispo de Oviedo donó á su catedral por el mes de junio el *Cellero* de aquel nombre.—Segun consta de instrumentos, la principal de las dos iglesias de que nos ocupamos, era la de San Miguel, que tenia categoria de parroquia, siendo Santa Maria su *anejo* ó *hijuela*; mas despues una y otra tuvieron feligresia propia, hasta tiempos muy modernos que se refundieron en una sola, en la de Santa Maria de Naranco.—Recorridos ya brevemente los re-

cueros históricos de estos renombrados edificios, pasaremos á su descripción. La iglesia de Santa María tiene por planta un rectángulo, y como la mayor parte de las construidas en aquella época, consta de dos pisos. El mas bajo que nada ofrece de notable sino su estrechada



(Detalles de las esculturas de Santa María de Naranco.)

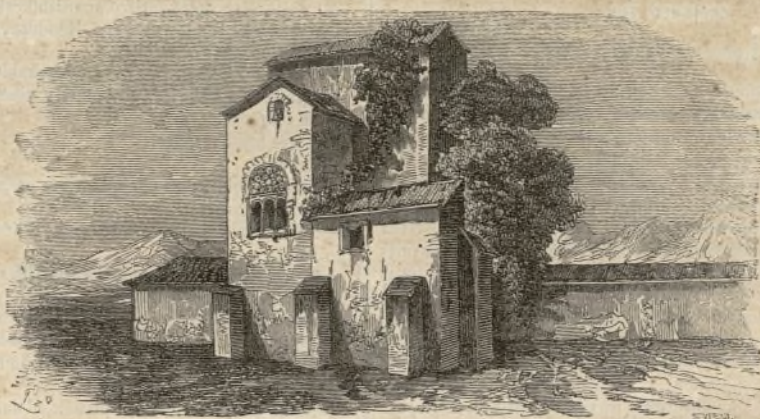
solidez, no está en el día consagrado al culto. El piso superior permanece casi tal cual lo dejó Ramiro I, y consiste su decoración en once arcos de cada lado, sostenidos por columnas pareadas y de extraña construcción, formadas en espiral y coronadas cada dos de

un solo capitel en figura de trapecio, en los que hay leones no muy toscamente esculptados. Entre los referidos arcos se ven medallones circulares de prolija labor, y en cuyo centro hay tambien un león, los cuales sirven de bases á unas pequeñas pilastras adornadas con guerreros á caballo en actitud de combatir, y otras figuras con ropaje talar, que unos califican de doncellas (1), y otros, á nuestro modo de ver mas acertadamente, de soldados moros. Estas pilastras terminan en una cornisa, de la que arrancan varios arcos semicirculares que sustentan la bóveda. El presbiterio está separado del cuerpo de la iglesia por tres arcos cerrados con gruesas verjas de hierro, y al extremo opuesto se ve el coro al nivel del suelo y ornado tambien con columnas y arcos del mismo género que los demas de los costados. Los altares, que se reducen á tres, son pobrísimos, de ningun mérito artístico y construcción muy reciente. En el mayor está colocada la imagen de la Virgen. El todo de tan antiquísimo templo es bello y magestuoso; y su exámen hace al espectador trasladarse á aquellas lejanas épocas en que fué construido, en que la fé, la piedad y el valor eran el móvil de todas las acciones, y en las que no estaban las artes tan olvidadas como suponemos los hombres presuntuosos del siglo XIX. Completa sería la ilusión, si una mano profana no hubiese de poco acá embadurnado de cal y ocre la bellísima obra de Ramiro, despojándola bárbaramente de aquel misterioso color de hoja seca, que hace, segun la frase de Victor Hugo, «de la vejez de los edificios la edad de su belleza.» Felizmente fué respetado el exterior de la iglesia, y así conserva el severo aspecto que conviene á su ancianidad y recuerdos, ostentando en su decoración, que se compone de ocho estribos ó pilares estriados en cada costado, la fortaleza, mas bien que la hermosura. El único ingreso es por un pórtico bizantino, al que se sube por una triple escalinata. La muy notable inscripción votiva de este bello monumento religioso está trazada en dos lápidas ya muy gastadas por la mano de los siglos, pero en la que se pueden leer sin embargo, entre otras, estas misteriosas palabras, puestas por el autor en boca de Jesucristo:

«Entré aquí (en el mundo) sin humana concepcion
Y salí sin corrupcion (2).»

Añádese luego «que por su siervo el rey y la reina su esposa,» cuyos nombres no estan legibles, pero que son sin duda Ramiro y Urraca, atendida la época, «edificó el Señor aquel altar y templo de la bienaventurada Virgen María, para su morada,» y termina:

«Qui vivis et regnas per infinita sæcula
sæculorum. VIII. Klds. Julius ERA. DCCCLXXXVI (3).



(San Miguel de Lino.)

San Miguel de Lino, que está á pocos pasos de Santa María de Naranco, es un edificio ciertamente digno de los elogios que le tribu-

(1) El vulgo de los escritores que atribuye la fundacion de Santa María de Naranco al deseo de perpetuar la memoria de la famosa batalla de Clavijo y la redención del feudo de las cien doncellas, creen encontrar en estas figuras la prueba material de su asercion. Hoy que la crítica ejerce en la historia el debido dominio, no hay persona medianamente instruida que dé crédito á las fabulas del feudo y la batalla, que tuvieron origen segun se cree de los casamientos que se verificaban entre los musulmanes y las cristianas, y de la gran victoria que alcanzó sobre los moros, en los campos de Clavijo, no D. Ramiro I, sino su hijo Ordoño I, conocida en nuestras crónicas con el nombre de batalla de Albelda, y de la que dan testimonio los huesos y fragmentos de armas que se encuentran diariamente.

(2) «Ingressus et sine humana conceptione
Et egressus sine corruptione.»

(3) Corresponde al 8 de julio del año 848.

tan todos los historiadores antiguos y modernos. Entre estos últimos, dice el erudito Risco..... aquí tiene tambien el arte mucho que alabar y admirar por la hermosura y delicadeza del edificio, y singularmente por la grande perfeccion que se ve en esta fábrica, que con el grueso de las paredes solo tiene cuarenta pies de largo y veinte de ancho, todas las comodidades que se pueden desear en un templo de los mayores.—Su forma es de cruz latina, y su arquitectura, especialmente en el interior, se asemeja mas á la de otras iglesias de Asturias, que no Santa María, en la que creemos divisar algunos rasgos del gusto árabe. Tiene San Miguel una pequeña capilla mayor, otros dos altares con antiquísimas estatuas de santos y el coro en alto. El adorno consiste en doce gruesas columnas de mármol sin basa y con extraños capiteles, lasque segun opina Carballo fueron traídas

de las ruinas de la cercana ciudad de *Lucus Asturum* (1). Es también trabajo que puede ejecutarse en piedra, y que será tal vez de época más reciente que el resto del edificio (2). Morales juzga que el constructor de estas iglesias no fué otro que Fioda, el que dirigió la fábrica de la primitiva catedral de Oviedo; pero Risco lo refuta, diciendo que este arquitecto de Alfonso el Casto no es probable viviese aun en 848.—Antes había en San Miguel de Lino una piedra escrita, procedente también de las ruinas de Lugo, en que se leía:

«Cesar omnia Lancea.»

Morales, que la examinó, dice en su crónica general, que debe corregirse de este modo: «Cesar domita Lancea», y que fué sin duda parte de un trofeo erigido á Octaviano-Cesar—Augusto en memoria de la conquista de Asturias, y en especial de la antigua ciudad de Lancea que era en aquel tiempo la capital ó principal de este país. Para terminar las noticias que pudimos recoger de esta iglesia de San Miguel de Lino, solo nos resta decir que há pocos años está cerrada al culto por su estado ruinoso, y que cavando unos aldeanos la tierra de su alrededor, en busca de cierto tesoro escondido por los moros, encontraron un sepulcro tosco de piedra formado de una sola pieza. En cuanto al antiguo palacio de D. Ramiro, aun se ven en las tierras contiguas á Santa María algunos restos de paredones de fortísima argamasa, y hasta hace poco tiempo se conservaba una gran pila de piedra, á la que se daba el nombre de *baño de Doña Urraca*, y que fué demolida por el colono que cultivaba la heredad en que se hallaba, pues según dicho de él mismo los muchos curiosos que iban á verla, le pisaban la tierra. Esta es la suerte de nuestros mas antiguos y venerables monumentos en este siglo apellidado, sin duda por ironía, de luces y progreso: la mano de la ignorancia y la incuria proverbial del gobierno los hacen desaparecer, sin respeto á la memoria de nuestros abuelos que los erigieron, para servirnos de muestra de su piedad y amor á las artes.

Santa María de Naranco 2 de Noviembre de 1850.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

NOTA. Para la redacción de este artículo se tuvieron á la vista las obras siguientes: El Albedense, Crónica; Sebastian de Salamanca, Crónica; Lucas de Tuy, Crónica; Ambrosio de Morales, Historia de España; Mariana, Historia de España; Carballo, Antiquidades de Asturias; Risco, España Sagrada; Trelles, Asturias ilustrada; Libro-Gótico de la catedral de Oviedo; y Madoz, Diccionario Geográfico.

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO XIII.

Un fondista de provecho.

Aunque el amor tiene sus derechos, la frágil naturaleza humana tiene los suyos; y Meneses, que había corrido durante seis días y seis noches tras la sombra de Magdalena, desde Madrid al Escorial, desde el Escorial á Madrid, desde Madrid hasta Bayona, y desde Bayona á Vitoria, comiendo mal y durmiendo peor, llegó tan cansado y soñoliento á la capital de Alava, que se cifraba todo su afán en estender sus fatigados miembros sobre una cama bien mullida. Nada hay que decir de Francisco: aunque había dormido muchísimo mas que su amo, porque tenía la felicidad de quedarse dormido en todas partes, estaba muy acostumbrado á la vida cómoda y regalona que permite el servicio de un indolente, para no sentir las fatigas que ocasiona todo viaje. Así, pues, lo primero que decidieron amo y criado fué alojarse cómodamente y dormir diez ó doce horas. El parador nuevo tenía merecida reputación; y sea por ello, ó porque un fluido irresistible arrastraba á Luis hácia los parajes habitados por Magdalena, lo cierto es que sin vacilar se dirigieron al mencionado parador. Tomaron una habitación, la mejor que encontraron desocupada: se afeitó Luis, con gran sentimiento de Francisco, que no veía la necesidad de perder estos quince minutos; y amo y criado se acostaron, para no despertar en catorce horas, dos mas que tenían presupuesto.

Como se había acostado á las cuatro en punto de la tarde, sucedió que, aun habiendo dormido catorce horas, á las seis en punto de la mañana estaban despiertos. Ocho días antes hubiera Luis pasado catorce horas mas en la cama, sin otra ocupación que la de pensar en las catorce horas que había dormido; pero ya sabemos que Luis había cambiado de carácter desde que andaba enamorado. Decidió, también contra la opinión de Francisco, que era tiempo de levantarse; se vistieron ambos, y á falta de otra mejor ocupación, dijo Meneses que

le parecia conveniente recorrer la ciudad, por si casualmente lograbán encontrarse con Magdalena. Este nombre recordó á Francisco que sus trabajos, mas penosos que los de Hércules, no habían acabado todavía; pero considerando que su amo no hacia gran caso de sus consejos, suspiró, tomó su sombrero, y siguió á Luis, que bajaba las escaleras saltándolas de cuatro en cuatro.

Muchas calles habían corrido sin el mas ligero incidente, cuando sintió Luis sobre sus ojos las yemas de cuatro dedos, que se los cerraron de improviso. Como esta broma solo la dan algunos amigos amables, aunque un tanto pesados, que tienen la loca pretension de que los conozcan por el olor, no dudó Luis de que se las había con alguno de estos amigos y andaba buscando un nombre que decir, cuando Francisco, creyendo deber intervenir, dijo á su amo:

—Es el señorito Mendoza.

Mendoza separó las manos, poco satisfecho de Francisco que le había impedido llevar la broma por todos sus trámites, y abrazó á Luis estrechamente.

—¿Qué haces aquí, querido Mendoza? preguntó Meneses á su amigo.

—Estoy tomando la embocadura á las provincias: respondió Mendoza arqueando las cejas.

—¿Piensas permanecer en ellas mucho tiempo, ó las dejas pronto?

—Estaré en ellas un par de meses. ¿Y tú piensas ir á Francia este año?

—No lo sé. Pero lo que sí puedo asegurarte es que vengo de Francia.

—¿Pues si te dejé en Madrid hace ocho días sin ánimo de viajar siquiera!

—Es cierto; pero en ocho días he viajado mucho, Mendoza.

—Espécate de una vez, hombre; has picado mi curiosidad.

—Es una historia bastante larga, que ahora no puedo referirte. Pero tú que dices lo que no sabes, dime si has visto aquí á un don Blas...

—Lo conozco mucho. Es un escribano de guerra, casado, con hijos....

—Yo no sé si el D. Blas que yo busco es ó no escribano de guerra. Pero Francisco nos dirá. Francisco!

Francisco se acercó dos pasos, quedándose cuadrado y con el sombrero en la mano:

—Dime, Francisco, ¿el D. Blas que tú conoces tiene trazas de escribano de guerra?

—No señor: respondió Francisco con la mayor formalidad.

—¿Es un D. Blas bajito? insistió Mendoza, que quería conocer á D. Blas á todo trance.

—Es alto: repuso Francisco guardando su continente militar.

Pero bastante flaco: respondió Mendoza, que no quería dejar su costumbre de mentir.

—Grueso: dijo Francisco con un admirable laconismo.

—Y tiene una muger de cincuenta y cinco á sesenta años.

—De cuarenta.

—Y tres hijos varones.

—Una hija.

—Entonces el D. Blas por quien me preguntas no es el escribano de guerra; pero será...

—No lo conoces de seguro: observó Meneses cortando la palabra á su amigo.

—Te aseguro que yo conozco varios Blases; y recorriéndolos....

—Es inútil. Hemos llegado á mi posada, y ya que he tenido el gusto de encontrarte, espero que almorzarás conmigo.

—¿Qué tal se porta este perillan de fondista? preguntó Mendoza, que cuando almorzaba con amigos tenía un excelente apetito y gustaba de satisfacerlo lo mejor posible.

—No he tenido tiempo de aplaudir ni de censurar su cocina; mas espero que nos tratará bien.

—En ese caso admitido, sin oponer excusas, tu fraternal invitación.

Durante las últimas palabras habían entrado en el parador, y empezaban á subir la escalera. Al llegar al primer descanso, se detuvo Luis, hizo una seña á su criado, que subía cuatro ó seis escalones detrás, para que se acercara; y cuando lo tuvo á su lado le dijo:

—Francisco, el señor de Mendoza almuerza conmigo, y tenemos hambre.

Francisco subió los restantes escalones de cuatro en cuatro; Mendoza y Luis entraron en el cuarto del último.

Meneses se echó en un sofá, cansado del largo paseo; pero Mendoza empezó á dar paseos y vueltas por la habitación con la agilidad de una ardilla. Era Mendoza uno de esos hombres que no pueden estar quietos; que si llegan á poner la mano sobre un bufete, no dejan papel; y que cuando están hablando con cualquiera, á falta de otra ocupación, le desabrochan el chaleco, abrochan un boton del frac y des-

(1) En la pag. 309 del tomo del Semanario de 1848 se publicó un grabado que representa esta ventana.

(2) Hoy Santa María de Lugo, aldea dos leguas de Oviedo.

anudan la corbata. El aposento de Meneses no le ofrecía grande entretenimiento, y después de haberse peinado varias veces y desarreglado alguna ropa que había colocado Francisco sobre una silla, se dirigió á la chimenea, y empezó á jugar con dos candeleros de bronce que sobre ella estaban. Las bujías habían servido indudablemente, no habiéndolas gastado Luis, que se acostó á media tarde, y una de ellas estaba sujeta con un papel. Este incidente proporcionaba al inquieto Mendoza un entretenimiento mas; arrancó la bujía, quitó el papel que era medio sobre de carta, y se dispuso á hacer una pájara, no sin leer las pocas letras que tenía.

—Aquí tienes, Luis, una coincidencia bastante rara: dijo Mendoza, acariciando el papelito.

—¿De qué coincidencia me hablas? preguntó Meneses bostezando.

—Me pediste un don Blas hace un momento, y tenías uno encima de tu chimenea; repuso Mendoza, entregándole el roto sobre con un ademán melodramático.

—D. Blas de... D. Blas de... leyó Meneses, dando vueltas al papelito.

—Ese de, después de don Blas, indica que debe seguirse un apellido aristocrático.

—Pero ese apellido no parece; y lo que yo necesito saber es el apellido de D. Blas.

—El almuerzo espera, señoritos: dijo Francisco presentándose con aire de triunfo por la prontitud con que había cumplido las órdenes y deseos de su amo.

—Este Francisco es una alhaja, si corresponde el almuerzo á la prontitud. Lo ha preparado en diez minutos: dijo Mendoza tomando el reloj de su amigo, porque era operación mas larga que sacar el suyo.

—Vamos á almorzar, dijo Luis examinando el sello del sobre, que era de Madrid.

Luis y Mendoza se trasladaron á la habitación inmediata, en la cual estaba servido el almuerzo, y tan buena maña se había dado Francisco, que el gastrónomo amigo de Meneses dirigió una cariñosa sonrisa á la mesa y un apretón de mano al diestro criado de su amigo.

Mendoza comió como lo hacía en agena mesa, y bebió como en la suya propia, sóbriamente; porque Mendoza era muy sóbrio en la bebida por temor de embriagarse hasta punto de perder la facultad de hablar. Luis comió muchísimo menos, porque tenía un proyecto y no podía realizarlo hasta que acabara el almuerzo. Sirvieron los postres: Mendoza golosineó como había comido; después encendió un habano, y con gran satisfacción de Luis se fué á evacuar unos asuntos, ofreciendo volver á comer con su amigo. Meneses se volvió á su cuarto; después de haber dicho á Francisco que fuera en busca del fondista.

Dos minutos después el señor Fermin, así se llamaba el fondista, entró en el cuarto de Meneses, y al verlo lanzó un grito de sincera alegría: eran antiguos conocidos.

—¿Cómo está V., señor D. Luis? dijo Fermin adelantándose hacia el amante de Magdalena.

—Perfectamente; ¿y V., Fermin, cómo se halla? repuso Luis participando de la alegría del buen Fermin.

—Yo tan bueno. V. veinte horas en mi casa y yo sin haber venido á verlo; ¿qué habrá V. dicho!

—He pasado diez y ocho horas durmiendo y paseando, de modo que no he tenido tiempo para hablar á V.

—Yo no sabía que fuese V. el viajero que llegó ayer tarde de Francia. ¿Viene V. de París?

—No, amigo: vengo de Bayona. Pero esto es largo de contar. Siéntese V.

—Con mucho gusto. Bien sabe Dios que deseaba volver á ver á usted, D. Luis.

—Tome V. un cigarro y fume, dijo Luis dando su petaca al fondista.

—Sí que lo fumaré: es un veguero de primera calidad.

—No es malo.

Luis dió su cigarro al fondista para que encendiera el que acababa de tomar, y prosiguió:

—Vamos á tratar de un asunto que me interesa mucho.

—V. sabe que puede mandarme cuanto guste, repuso el fondista alegremente.

—¿Ha recibido V. en su posada á un caballero llamado D. Blas que venía de Madrid?

—Sí señor: Con D. Blas venía doña Margarita, su esposa, la señorita Magdalena, y cuatro criados: dos mugeres y dos hombres. ¿No es por este D. Blas por quien V. pregunta?

—Precisamente. Pero dígame V.: ¿continúan alojados en esta fonda?

—No señor: y precisamente en este cuarto habitó la señorita Magdalena.

—¿Han tomado casa en Vitoria? preguntó Luis después de lanzar un suspiro porque Magdalena había estado en aquella habitación y el imbécil no lo había conocido.

—Yo le diré á V. todo lo que sé, dijo Fermin conociendo el gran interés de Meneses.

—Me hará V. un favor singular, repuso Meneses prestando suma atención al buen fondista.

—Ese D. Blas de quien hablamos llegó aquí el veinte por la tarde en la diligencia de Madrid, acompañado de su familia. Inmediatamente pidió las mejores habitaciones, y le dispuso tres ó cuatro, entre las cuales se contaba la que V. ocupa. Conoció desde un principio que era hombre de calidad; y como yo, gracias á Dios, sé distinguir bien de colores, lo servi en comida y demas como á un príncipe ó á un amigo. Pasaron aquí un día y dos noches, y ayer á las tres de la mañana se marcharon en una galera tirada por cuatro mulas de labor. No necesito decir á V. que me pagaron espléndidamente, lo que me confirmó en la idea de que D. Blas era un cumplido. Estas son todas mis noticias, que refiero á V., señor don Luis, sin añadir ni quitar nada.

—Doy á V. las gracias, Fermin: pero quisiera dirigirle algunas preguntas.

—Bien sabe V. que puede hacerlas, y que quedará satisfecho.

—¿Quiere V. decirme, amigo mío, el apellido de D. Blas?

—Con mucho gusto lo haría, señor, pero no lo sé. En mi cualidad de posadero le pedí el pasaporte: D. Blas me dijo que no necesitaba presentarlo, y yo no quise aparecer ni desconfiado ni curioso.

—¿Y sabe V., amigo Fermin, hacia qué punto se dirigieron?

—Eso sí. Tomaron el camino de Francia; y, ó mucho me engaño, ó deben hallarse en Arechavaleta.

—Durante su permanencia aquí ¿han recibido á muchas personas?

—A un caballero que pasó con ellos todo el día y marchó también en la galera.

—¿Sabe V., querido Fermin, el nombre de ese caballero?

—No señor. Lo vi entrar y salir, pero nunca lo nombraron en mi presencia.

—¿Y podría V. hacerme su retrato para ver si yo lo conozco?

—Sí señor. Era mas alto que V. tres pulgadas lo menos; un poco grueso; bastante moreno, y nada bonito de cara. Sus modales no eran muy finos, y vestía con poca elegancia.

—Acaba V. de hacerme, Fermin, un retrato de cuerpo entero. ¿Y qué edad tendría?

—Cuarenta años, año mas ó menos. Apostaría que no baja de treinta y ocho ni sube de cuarenta y dos.

—¿Y la familia de D. Blas, cómo lo trataba, si V. lo sabe?

—Lo trataba con bastante consideración, particularmente la señora.

—¿Magdalena? preguntó Luis con fogosa vivacidad.

—No señor. Quien lo trataba así era la madre: La señorita Magdalena parecía triste y distraída.

—Amigo Fermin, ¿podrá V. proporcionarme modo de trasladarme á Arechavaleta esta noche?

—Sí señor. Y le daré á V. recomendación para una familia del pueblo que lo tratará como á un rey.

—Acepto la recomendación y espero el medio de transporte.

—¿Cómo quiere V. ir, en cabalgadura ó en carro?

—Quiero dos caballos: uno para mí y otro para mi criado, y una mula para el equipaje.

—¿A qué hora quiere V. marcharse? preguntó Fermin levantándose.

—A las siete en punto. Quiero caminar toda la noche.

—Descuide V., dijo el fondista, y se alejó; Luis escribió una carta que selló y cerró, sin ponerle señas.

A las cinco en punto llegó Mendoza: á las cinco y cuarto se pusieron á la mesa: á las seis y media habían concluido de comer. Luis llamó á Fermin: el posadero dijo antes que le hablara Meneses:

—¿Si vuelve por aquí D. Blas, no me dará por entendido de lo que ha pasado entre los dos?

—Si vuelve por aquí D. Blas, tendrá V. la bondad de entregar esta carta á la señorita Magdalena, repuso Luis confiándole la que había escrito aquella tarde.

—Lo haré. Tome V. esta para la familia de Arechavaleta.

Luis estrechó cariñosamente la mano del honrado fondista, dió un abrazo á Mendoza, y montó á caballo, dejando á su amigo con un palmo de boca abierta.

(Continuará.)—JUAN DE ARIZA.

CANCION.

(IMITACION DE VICTOR HUGO.)

¡Sale ya la aurora hermosa
Y estan cerradas tus puertas!
Cuando despierta la rosa
¿Cómo, amada, no despiertas?
Sacude el sueño al instante,
Mi señora,

Y escucha al amante
Que canta y que llora.

Suena á tu puerta un clamor;
El sol dice:—soy el día;
El ave:—soy la armonía;
Mi corazón:—¡soy amor!
Sacude el sueño al instante,
Mi señora,
Y escucha al amante
Que canta y que llora.

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA DE GAVIRIA.

En el salón dorado resplandece
En tiesto lindo de soberbia china,
Rica en gala y olor, flor peregrina
Que al pasmo universal su dueño ofrece.
Y allá distante pobrecilla crece
En el prado que el sol claro ilumina
Entre la hierba inculta y tosca espina,
Bella aunque humilde flor que el aire mece.
Laura, del salón régio que admiramos
En hora buena gocen los primores,
Pues suyos son sus opulentos amos.
Pero amemos al prado con sus flores
si nuestro fué y entre ellos nos criamos
Gozando sus perfumes y colores.

Entre las pompas de París inmenso
En cultura, comercio, y artes rica,
Donde tiene el placer morada y trono;
¡Oh! no olvides del pobre Manzanares
La modesta ribera que ilumina
De nuestra España el sol resplandeciente;
Admira al extranjero: ama á tu patria.

París 1842.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

PRINCIPALES CAUSAS QUE HAN DADO Á LOS ROMANOS EL IMPERIO SOBRE UNA PARTE DEL MUNDO.

En su origen, la guerra había sido para los romanos una necesidad de posición, que se hizo después instintiva bajo la influencia de la educación y de la costumbre. La embriaguez constante del buen éxito exaltó el orgullo nacional, de manera que la idea de que Roma estaba predestinada á la conquista del mundo, se convirtió en una especie de superstición popular. Pero para hacer frente á potencias de primer orden como la república cartaginesa ó las ligas griegas, como la Macedonia ó la Siria; para deshacer coaliciones formidables, para contener bajo el yugo á numerosas poblaciones, no era bastante la bravura de los ejércitos; se necesitaba que la ciencia política viniese en ayuda de la virtud guerrera. Por la sagacidad y por la perseverancia de su política fue, pues, como Roma llegó á reducir todas las potencias con las que estaba en contacto. Ninguna otra asamblea deliberante ha ofrecido al mundo una reunión de hombres de estado comparable al Senado Romano. El senado, único poder activo, comunicaba á los negocios públicos una irresistible impulsión. Gracias á él, se observaba en Roma una política romana, que se perpetuaba tradicionalmente en el orden Senatorial: política inmutable, cuyo espíritu reasumió Virgilio en estos magníficos versos:

Tu regere imperio populos, Romane, memento:
Hæ tibi erunt artes, pacisque imponere morem,
Parcere subjectis, et debellare superbos.

Cuando los romanos no podían hacer frente á todos sus enemigos, negociaban tregua con los mas difíciles de reducir; pero en las cláusulas de armisticio se reservaban algunos casos de ruptura, á fin de estar autorizados á volver á las hostilidades cuando les fuese conveniente. Cuando intervenían como mediadores, ya entre pueblos enemigos, ya entre facciones rivales, se pronunciaban siempre por el partido del mas débil, con el objeto de vender cara su protección, la que temprano ó tarde se cambiaba en dominio. Una vez concediesen á un pueblo el título de aliado, no le permitían hacer alianza con otras naciones. Lanzaban vigorosamente á sus aliados contra sus propios enemigos, y los trataban como á estos mismos si demostraban irresolución en ello. Jamás otorgaban paz á los vencidos sino con ruinosas condiciones: por ejemplo, exigían la destrucción de las fuerzas marítimas, lo que le libraba de sostener crecidas flotas, y les aseguraba con poco dispendio la domi-

nación de los mares. Los rehenes que solicitaban en garantía de negociaciones concluidas, eran ordinariamente hijos de príncipes ó de personajes, á quienes se pudiera lanzar en su país como gérmenes de discordia. Si un general romano, obligado por la necesidad, suscribía un tratado desventajoso, el Senado, lejos de considerarse comprometido por su representante, veía en esta circunstancia una afrenta mas que vengar, una ocasión de nueva guerra. Por último, cuando una comarca estaba definitivamente conquistada, nada se ponía en olvido para comunicarle las costumbres, los usos y los sentimientos de la ciudad Soberana.

Para poner en relieve los principales trazos de este cuadro diremos: necesidad de hacer la guerra para dar ocupación á su pueblo ocioso: educación exclusivamente militar: perfección de la táctica: alternativa de vencer ó de ser vencido: estricta observancia de no hacer la paz sino después de la victoria: reunión de los mas singulares talentos en el Senado: política enérgica, insidiosa y mas que todo perseverante: tales fueron las causas que determinaron el continuo acrecentamiento de la grandeza romana. «Así llegó á ser Roma (ha dicho Montesquieu) no una verdadera monarquía, ó una república; sino la cabeza de un cuerpo formado por todos los pueblos del mundo».

Suponiendo que la mayor parte de nuestros ilustrados lectores comprendan francés y latín, les ofreceremos para variar los geroglíficos siguientes:

GEROGLIFICO FRANCES.

p G
A a

Solucion.

Allons souper, j'ai grand appétit.
(A long sous p, G grand a petit.)

GEROGLIFICO LATINO.

Vitam t-gram-e, bene actam, sempernanana ænininitas.

Sic legendum.

Vitam integram, bene antactam, sequitur sempiterna æternitas.

OTRO GEROGLIFICO LATINO.

Putredo | cur | tua mamama rarara est; { ttt | netur e-t-a, et
ha | bis? | { sss
frafrafra er-c-is | ito | iium pr-tor-e, { i
| interii, | { i-to-i.

Lege.

Putredo superba; cur superbis? tua mater terra est; subter te sternetur tinea, et frater cineris subito interibis, iterum interpretor, subito interibis.

SOBRE ANAGRAMAS.

Se sabe que se llama *anagramas* las diversas palabras que se pueden formar con las mismas letras de una palabra propuesta, combinadas en un orden diferente. Muchas personas ociosas y pacientes (que las hay en todas las naciones), han tenido la cachaza de formar anagramas en diferentes idiomas. ¡Cuánto tiempo, sudor y paciencia no habrá gastado, por ejemplo, el francés que forjó el célebre anagrama con la frase siguiente!

Napoléon empereur des français,

que dá:

Un pape serf a sacré le noir demon.

Las personas aficionadas á los juegos de palabras que los franceses suelen llamar *calambours*, fundados en los muchos homonimios de que abunda dicho idioma, podrán tambien divertirse un rato con el problema siguiente:

Espresar 18 palabras francesas con las 24 letras que siguen:

Ineneopy, lia vq, liatt, lieded.

Solucion.

Hélène est née au pays grec, elle y a vécu, elle y a tété, elle y est décadée.

Tambien gustará á las personas aficionadas al idioma italiano el ingenioso *enigma* siguiente, que los italianos suelen llamar *indovinello* ó *ribobolo*, y cuya solución versa sobre la palabra *velo*.

Indovinate un poco, io *velo* dico:

Indovinate orsù: io *vel'* ho detto:

Di nuovo *vel'* dirò: vi stimo un fico,

Se non sapete omai questo mio detto.

MADRID.-IMP. DEL SEMANARIO E ILUSTRACION, A CARGO DE ALHAMBRA.